

CONFERENCIA SOBRE ESTRUCTURACIÓN PSÍQUICA

Silvia Bleichmar*

Resumen

Frente a una situación en la cual cierta desilusión se produce ante la caída de la posición omnipotente que pretendía resolver todos los sufrimientos mediante el psicoanálisis, la autora propone, desde su perspectiva de trabajo, avanzar en la idea de que la fecundidad teórico-clínica del psicoanálisis tiene que ser recuperada con vistas a enfrentarse al siglo XXI, en un movimiento de pasaje que podría ser considerado como “de la alquimia a la química”. Cobrando conciencia, a la vez, de que la obra freudiana, como obra de partida, está inevitablemente llena de contradicciones, y que coexisten en ella los remanentes del pensamiento del tiempo en el cual se gestó, con sus aciertos y errores, por un lado, y también contenidos valiosísimos que trascienden las formaciones científicas e ideológicas que le dieron origen.

La recuperación de los tiempos de estructuración psíquica como no lineales, sino como movimientos destinados al *après coup* en el proceso de constitución de la tópica, deja abierta la cuestión de una génesis que no puede ser pensada como evolución lineal pero tampoco como ahistoricismo radical. En el juego que se abre entre la estructura de partida, edípica, en la cual cada uno de los integrantes protagónicos de inicio padre y madre está atravesado por la represión y es sujeto de inconsciente, es necesario redefinir la función del padre en los términos en que ha sido planteado desde hace ya tiempo por el estructuralismo. Así como la función materna debe ser desdoblada en su carácter de pulsante y narcisizante, la función paterna debe ser redefinida en sus aspectos estructurantes y mortíferos: la rivalidad paterna, elemento constitutivo esencial de la prohibición, no puede ser eludida en el imperativo categórico que instaaura la castración, pero que guarda siempre la dimensión hipotética en razón del atravesamiento del padre por sus propios fantasmas inconscientes.

* Psicoanalista. Dirección: Talcahuano 758 3° A. Buenos Aires, Argentina. CP 1013.

Cuestiones no sólo teóricas sino de consecuencias clínicas, ya que, concebido el inconsciente como fundado por la represión originaria y articulado en sus relaciones con los sistemas psíquicos secundarios, la pregunta ¿cuándo es posible analizar?, cobra una dimensión metapsicológica precisa, tanto para el análisis de niños como para el de adultos. Es en la diferencia que se plantea entre la estructura edípica de partida y los modos metabólicos y singulares en los cuales se juega la historia, que los procesos de constitución psíquica toman una dinámica propia en los tiempos de la constitución subjetiva. Y es esta singularidad la que determina el proceso de la cura. De ella deriva también la definición de los modos de operar del psicoanálisis en extensión: intervenciones que intentan el desanudamiento de los abrochamientos patógenos que se producen en la infancia y que incluyen también acciones clínicas en las intersecciones articulado-ras de las relaciones intersubjetivas estructurales del niño.

La habilidad del analista reside en el cercamiento metapsicológico de estas variables, tanto en la infancia como en aquellos momentos particulares de la clínica de adultos que requieren redefinición teórica y clínica. Esto implica una aproximación que nos impulsa a elaboraciones cada vez más finas de nuestro instrumental teórico, de consecuencias prácticas, e incluso a una puesta al día de nuestras hipótesis de trabajo.

Summary

Face to a situation which has produced the fall of the omnipotent position which attempted to solve all suffering through psychoanalysis, the author, from her working perspective, proposes to advance in the idea of recovering theoretical-clinical fertility of psychoanalysis with a view to the XXIst century, in a movement of passage which might be considered as that of the passage “from alchemy to chemistry”. Correspondingly, there must be increasing awareness of the fact that the Freudian oeuvre is inevitably full of contradiction, and that in it remains an anlage of the thought of the time in which it was gestated, with both its good and bad judgments on the one hand, and also most precious contents transcending their original scientific and ideological formations.

A recovery of psychic structuring times as non-linear, rather as movement fated to *après coup* in the process of the topographic constitution, leaves open the question regarding a genesis which cannot be thought of as a linear course or radical ahistoricism. In the interplay opened between the initial oedipal structure, where each of the initial protagonists father and mother is pierced by repression and is a subject of the unconscious, it is necessary to redefine the father's function in the terms posed some

time ago already by structuralism. Thus, the mother's function must be broken down into its pulsating and narcissising character, and that of the father redefined in its structuring and lethal aspects: paternal rivalry, an essential constitutive element of the prohibition, cannot be avoided in the categorical imperative which installs castration, but which always preserves the hypothetical dimension due to the fact the father is pierced by his own unconscious phantasms.

These are not simply theoretical matters: they also have clinical consequences, as when the unconscious is construed as funded by primal repression and articulated in its relationships with the secondary psychic mechanisms, the question. When is it possible to analyze? That acquires a specific metapsychological dimension for the analysis of both children and adults. The psychic constitution mechanisms obtain a dynamics, proper to them during the period of subjective constitution, through the difference posed between initial oedipal structure and metabolical and singular modes. And it is from this singularity that the curing process is determined. From it, likewise, derives the definition of the modes psychoanalysis operates in extension: interventions which attempt to undo pathogenic knots produced during infancy and which also include clinical actions in the interventions articulating the child's intersubjective structural relationships.

The analyst's capacity lies in the metapsychological fencing of these variables, both those pertaining to infancy and to specific moments in clinical work with adults, which require theoretical and clinical redefinition. This implies an approach encouraging us towards more and more subtle elaborations of our theoretical instruments impinging on practice, and even to update our working hypotheses.

Descriptores: APARATO PSÍQUICO / REPRESIÓN PRIMARIA / HUELLA MNÉMICA/ REPRESENTACIÓN / INCONSCIENTE / MÉTODO PSICOANALÍTICO

Más que la intención de dar una conferencia, me guía el intento de ofrecer algunos elementos que den cuenta de un recorrido en relación a cómo pienso el psicoanálisis, y a qué efectos, ese modo de pensar, puede producir en la clínica.

Sabemos que la situación del psicoanálisis no es sencilla en este fin de siglo; la ilusión omnipotente de resolver todos los sufrimientos ha cedido a una cierta desilusión.

Un autor literario tiene una frase muy hermosa que dice: “La desilusión es el sobreprecio acumulado del autoengaño”. No hay ilusión que no esté basada en algún tipo de inflación. Y es la inflación psicoanalítica la que está en riesgo, no las verdades que el psicoanálisis ha ofrecido al pensamiento de este siglo. Pretendo entonces transmitir, desde la perspectiva en que trabajo, la idea de que la fecundidad teórico—clínica del psicoanálisis tiene que ser recuperada con vistas a enfrentarse al siglo XXI, en un movimiento de pasaje que podríamos considerar algo así como “de la alquimia a la química”.

Ello implica avanzar en una dirección desde la cual podamos recuperar los aspectos más transformadores de un pensamiento sobre la subjetividad que tenemos derecho a considerar como el más avanzado que se ha producido en la historia. Porque debemos cobrar conciencia de que la obra freudiana, como obra de partida, está inevitablemente llena de contradicciones, y que coexisten en ella los remanentes del pensamiento de ese tiempo en el cual se gestó, con sus aciertos y errores, por un lado, y también contenidos valiosísimos que trascienden las formaciones científicas e ideológicas que le dieron origen.

En esa perspectiva, quisiera transmitir inicialmente la idea que sostiene que una revolución científica no se produce por generar nuevas respuestas sino por poder articular nuevas preguntas. La obra psicoanalítica aparece así reformulando las preguntas que se había hecho la ciencia hasta ese momento, y las grandes mutaciones internas que sufre *a posteriori* son el efecto de la transformación de estas preguntas, ya que en el interior mismo de la obra freudiana se plantean revoluciones intrateóricas con momentos de apertura y momentos de cierre. Ello obliga a un modo de lectura que implica una atención pareja a partir de la cual se puedan relevar los momentos más fecundos y diferenciarlos de aquellos en los cuales se acumulan hipótesis *ad-hoc* tendientes a coagular *impasses* y a cristalizar vías muertas.

Todos tenemos relaciones pasionales con los textos de Freud. Yo, por ejemplo, tengo una relación apasionada con la Carta 52, con la Metapsicología, con el Proyecto, y tengo por el contrario una relación de odio profundo con “Los dos principios del suceder psíquico”, al punto de haberle dedicado un año entero a fin de re-trabajarlo, dando incluso una serie de conferencias para ver si era un problema de resistencia mía a entenderlo o que nuestro encuentro era imposible. Llegué a la conclusión de que era un encuentro imposible, y pienso que lamentablemente es uno de los textos de mayor banalidad psicológica que Freud haya producido, sobre todo teniendo en cuenta las líneas que él mismo abriera para comprender los procesos de pensamiento e incluso

para reformular de un modo distinto la cuestión de la conciencia. Por supuesto que no me considero una excepción, y sé que a todos nos pasa algo así con la obra; de ello se desprende el hecho de que el pensamiento de la mayoría de los psicoanalistas se haya fundado siempre sobre tres o cuatro textos o ejes, y no sobre el conjunto del pensamiento freudiano.

Es interesante inclusive ver como esto se altera dentro de las distintas escuelas: la propuesta de Klein puede enmarcarse, fundamentalmente, de la problemática de la segunda tópica y del segundo dualismo pulsional; sin embargo, podemos pensar que en un autor como Bion están muy presentes las cuestiones referentes al Proyecto, que una serie de modalidades que él va planteando sobre la forma de construir la subjetividad pueden ser repensadas metapsicológicamente desde ese texto.

Sería imposible que la obra de Freud, en su conjunto, fuera una totalidad de verdades, porque entonces no sería una obra científica. Creo que el cuestionamiento que le ha hecho el positivismo al psicoanálisis de no ser científico por no ser falsable, no es efecto de la obra psicoanalítica, ni de Freud, ni de los autores posteriores, sino de la actitud que tenemos los psicoanalistas cuando indiscriminadamente defendemos todas las proposiciones con la misma fuerza. Pienso también que es absurdo plantearse que la contradicción pasa entre Lacan y Freud, entre Klein y Freud, ya que aún cuando pueda haber diferencias entre ellos, las grandes contradicciones pasan por el interior de la obra freudiana misma, y es allí donde hay que buscarlas y trabajarlas. Porque a partir de las contradicciones que tiene la obra de Freud se producen esos movimientos que llevan a las grandes escuelas a intentar esbozar modos de respuesta para preguntas que no cierran en el *corpus* doctrinal originario.

Hablamos en este marco, entonces, de una obra contradictoria, de una obra que ha intentado cercar ese objeto que es el inconsciente, el cual tiene la peculiaridad de sustraerse en cuanto uno se aproxima, de una obra que no necesariamente se encamina hacia su máxima perfección, donde hay procesamientos de pérdida interna y en la cual, respecto al tema que nos ocupa, Freud va a hacer constantes mutaciones o variaciones sobre las determinaciones exógenas o endógenas de la constitución psíquica.

Por dar simplemente una referencia de esto: si ustedes toman un texto como “La interpretación de los sueños”, es evidente que el concepto de huella mnémica ocupa un lugar central, porque hay allí todavía un trabajo que parte de una teoría exógena de la inscripción, una inscripción como proveniente de algo que es experiencial. Por eso la huella mnémica aparece como la materia misma de fundación de las inscripciones. Pero si uno va a la metapsicología del ‘14 y del ‘15, desaparece prácticamente el concepto de

huella mnémica y es reemplazado por el concepto de representante o de representante representativo. Este no es un problema de nomenclatura ni de cambios simplemente de definición; esto es porque la huella mnémica tiene un origen exterior, es un efecto del ingreso de cantidades de inscripciones al aparato a través de transformaciones, mientras que el representante representativo es un concepto por derivación, es un concepto que podemos incluso considerar en cierto modo sosteniendo un paralelismo psicofísico, de pasaje de lo somático a lo psíquico, diría.

En este caso, hay una revolución intrateórica en el sentido de Kuhn, y como tal no podría dejar de implicar una pérdida: la gran transformación de paradigmas que implica el descubrimiento de la sexualidad en sentido amplio, tal como nos es ofrecido en “Tres ensayos...”, que culmina en el texto acerca de las pulsiones de la Metapsicología; impone, por otra parte, un dejar de lado el carácter exógeno y traumático de la impronta de lo real externo en el psiquismo, tal como es concebido hasta 1900.

Del mismo modo, está esta transformación endogenista respecto al inconsciente, que culmina en el ‘23 con “El yo y el ello”, donde ya éste se transforma en el ello y su origen debe ser buscado del lado de los fantasmas originarios, teniendo la característica de ser un pre-adquirido en el orden de las especies, por filogénesis. Sin embargo, conjuntamente, Freud empieza a introducir ya en el ‘14 con “Introducción del Narcisismo” la perspectiva de un yo de origen narcisista, vale decir fundado exógenamente desde el otro, cuestión que reaparece nuevamente con el concepto de identificación en el ‘23.

Esto nos lleva a considerar que sería absurdo partir la obra diciendo: Freud hasta tal momento fue exogenista, o desde aquí es endogenista. Freud va articulando de distinto modo los conceptos llevado por la necesidad de cercar una resolución metapsicológica de los problemas clínicos que va enfrentando. Fundamentalmente, a partir del ‘20 –todos lo sabemos– el problema de la compulsión de repetición y el fracaso de la esperanza de curación de las neurosis simplemente por el levantamiento de la represión.

¿Qué quiero plantear con esto? Quiero plantear que en el trabajo, cuando uno revisa la obra, va estableciendo aquello que Laplanche ha trabajado como *problemáticas*, es decir, articulaciones conceptuales alrededor de ejes, en los cuales los conceptos encuentran una jerarquía que los torna interdependientes. De este modo es que se van proponiendo alternativas de respuesta y se va haciendo entrar en contradicción la teoría asentada.

La perspectiva de la que yo partí para pensar la problemática de la subjetividad está muy inscripta en las definiciones presentes en los años ‘70 en el psicoanálisis

rioplatense —no digo argentino porque creo son procesos compartidos por todos nosotros. Se produce ahí el gran estallido de los modelos vigentes hasta el momento, fundamentalmente en el psicoanálisis de niños, afectando muy directamente la práctica, porque entran en crisis los paradigmas de constitución de lo originario que el kleinismo había proporcionado. Con lo cual entran en discusión también los modos de operar en la clínica: si el juego es o no es un equivalente del lenguaje, si se puede trabajar con un niño a partir de los fantasmas que se han ido determinando desde un inconsciente existente de los orígenes. Hay una situación de crisis en el psicoanálisis de niños que lleva incluso a muchos analistas de aquella época a abandonar la práctica con niños. Apoyándose fundamentalmente en los textos sobre la histeria en Freud, en el Capítulo Séptimo, muchos de nosotros hemos sido atraídos por la propuesta de Lacan en aquel momento, que plantea, por primera vez en la historia del psicoanálisis, que el inconsciente no es algo con lo que se nace, para decirlo de una manera simple, sino que es un efecto de cultura o en relación con las mediaciones que establece la estructuración edípica en la constitución subjetiva. Pero esta propuesta proveniente del estructuralismo arrastró inevitablemente el enorme déficit que se manifestaba como gran *impasse* en la clínica: fracturó en el interior del pensamiento psicoanalítico la posibilidad de definir modos y tiempos de la constitución subjetiva.

¿Qué quiere decir esto? Lacan partió de la preocupación de entender qué era el niño para la mujer. Al poner la problemática de la castración en el centro, su pregunta estaba destinada a comprender de qué manera el niño ocupaba el lugar de la sutura en falta, vale decir el modo mediante el cual se constituía como significante fálico. Aquí tenemos un ejemplo de una mutación en el modo de proponer la pregunta, y ello determina la búsqueda de un tipo de respuesta.

El inconsciente del niño devino implantación exógena directa del deseo del otro, de modo tal que la pregunta por el síntoma varió: qué desea la madre, fue la cuestión, y la búsqueda clínica se orientó en esa dirección. Pero el niño entonces perdió su condición de sujeto, devino síntoma de la madre, y alguien que es un síntoma del otro no puede hacer síntomas, está remitido en última instancia a una exterioridad, de modo que el problema que debíamos enfrentar quienes pretendíamos hacer clínica y tratábamos de mantenernos en el interior de una propuesta psicoanalítica era a partir de qué se definía entonces el comienzo de un análisis y a quién había que analizar.

Ustedes saben que gran parte de las propuestas psicoanalíticas de muchos colegas, lacanianos y no lacanianos, pero siempre al calor de estas ideas de base del estructuralismo, terminaron en una clínica más familiológica que estrictamente

psicoanalítica. La pregunta que yo me formulé en aquel momento era la siguiente: suponiendo que el inconsciente del niño esté en relación al deseo del otro, suponiendo que no sea sino la resultante de los cuidados precoces a los cuales el otro lo somete, a partir de qué momento esto empieza a operar como interno, empieza a ser intrasubjetivo y hay, entonces, un aparato psíquico constituido capaz de producir síntomas, vale decir, atravesado por la represión y pudiendo producir formaciones del inconsciente.

Esta pregunta primera que me hice me fue llevando luego a replantearme esta misma cuestión en el análisis de adultos. En mi último libro dedico una serie de reflexiones a esto, vale decir: cuándo es posible el análisis, a partir de qué premisas puede ser considerado conveniente, y si no fuera posible, de qué orden sería un tratamiento bajo la perspectiva analítica pero en el cual no se aplicaran los elementos centrales del método. Ello incluye también la cuestión acerca de si todos los momentos de un análisis de adulto son psicoanalíticos.

La idea de la cual podríamos partir es la siguiente: el análisis es en principio, como Freud lo definió en ese pequeño artículo que todos conocemos y que fue escrito para la Enciclopedia, un método de conocimiento del inconsciente, y como tal, podríamos agregar, inaplicable si no está el inconsciente constituido. Por supuesto, para que yo diga “si el inconsciente está o no está constituido” tengo que partir de algún tipo de definición del inconsciente y es acá donde se abren las diferencias.

Ustedes conocen ya el problema planteado respecto a la distinción entre inconsciente descriptivo e inconsciente sistémico –la cual sigue siendo polémica, y que incluso fue el eje de la discusión de Bonneval entre Laplanche y Leclair, por un lado, y Lacan por el otro. Podemos decir que básicamente la dominancia que toma en la obra freudiana se establece del lado del inconsciente sistémico, regido por cierta legalidad y colocado por relación a la barrera de la represión. De modo que la hipótesis tópica no es suficiente para que uno diga: hay inconsciente; es necesaria la tópica y la dinámica de la represión en el inconsciente para que consideremos la existencia de un inconsciente.

Entonces ¿qué define que haya inconsciente en el sentido sistémico? En primer lugar—y ahora voy a los tiempos-, para que haya inconsciente tiene que haber un aparato funcionando con sistemas distintos, y para ello partimos de la idea de que inconsciente no es todo lo que está inscripto sino aquello que no es admitido en el yo, o en el preconscious; no puede haber inconsciente si no hay dos sistemas funcionando. Sólo desde esta perspectiva es que el síntoma puede ser definido como una formación de compromiso.

Esto no quiere decir que no haya nada si no hay inconsciente –ahora voy a ir a esto y al tema de los tiempos–, quiere decir que el método analítico, que tiene como eje la libre asociación y se basa en el levantamiento de la represión, implica una operatoria sobre las resistencias, constitución de la neurosis de transferencia e interpretación del sentido del síntoma, del sueño, de las formaciones del inconsciente, es impensable si no hay un sentido oculto y al mismo tiempo es impensable si no hay un sistema de contrainvestimientos que esté operando para que la defensa funcione.

Esto que estoy diciendo parecen banalidades, todos lo sabemos, la cuestión es si incide o no en nuestra clínica, y si de su conocimiento se derivan consecuencias para la iniciación o la prosecución de un tratamiento

Si ustedes van a la historia del psicoanálisis, van a ver de qué modo esta cuestión ha estado siempre en el centro de la técnica. En Melanie Klein que optó por una perspectiva que es la siguiente: para rescatar el método como eje de la problemática analítica, reformuló el objeto. La discusión con Arma Freud, por ejemplo, y aún el concepto de superyo precoz, el modo elegido para proponer el problema de la defensa, dan cuenta en su pensamiento de su preocupación por fundar un campo donde el análisis en la infancia sea posible.

Esto debe ser, en mi opinión, invertido. Melanie Klein ajusta el objeto al método, redefiniéndolo para que el método sea aplicable. Yo propongo un giro radical al respecto, planteando como cuestión central y primera a definir, el conocimiento de qué objeto tengo delante para, a partir de eso, posicionar el método que permita su transformación.

De allí que respecto a lo que se ha planteado como relación entre teoría y clínica, propongo como eje la cuestión objeto-método. Y que mi preocupación central, cuando abordo mi clínica, es saber qué objeto tengo delante para saber con qué método tengo que trabajar.

Esto no quiere decir que en el psicoanálisis en extensión no se mantengan muchas de las premisas del psicoanálisis, por ejemplo: el tema de la abstinencia –y la abstinencia no solamente de tocar sino abstinencia de dar consejo o abstinencia de tener un saber previo sobre el otro, como lo plantea Laplanche– se mantiene en cualquier proceso terapéutico que se emplace desde una perspectiva analítica; no es necesario que estemos haciendo psicoanálisis estrictamente para que eso se sostenga. Pero, al mismo tiempo, el método de la libre asociación y de la atención libremente flotante no siempre pueden ser aplicados según los modelos y los momentos de operancia del objeto.

Yo les preguntaría a ustedes si cuando trabajan en patologías psicosomáticas o aún en los momentos psicosomáticos de pacientes neuróticos aplican estrictamente el método. Estoy hablando de aquellos que hoy se inclinan más por una propuesta de la psicosomática dentro de la escuela de Fierre Marty, de la escuela psicosomática actual; no me refiero a la idea que mucha gente sigue manejando de que la psicosomática es la expresión de la fantasía inconsciente, sino a quienes consideran que en la psicosomática hay algún grado de no simbolización o de no psiquización que es necesario constituir, lo cual nos obliga a reconocer que no estamos levantando la represión ni analizando en el sentido estricto del término sino que se está produciendo otra cosa.

Del mismo modo ocurre con los traumatismos severos, con aquellos que producen procesos de desarticulación de los modos habituales de funcionamiento de la economía libidinal. Sabemos que intervenimos de otro modo, en razón de que lo que encontramos en esos momentos no es la operancia de la represión sino justamente la efracción de la barrera de la represión y el retorno de una cantidad de representaciones que están acosando al yo y que se expresan al modo de la compulsión de repetición guiada por los modelos más extremos que Freud definiera como ejercicio de la pulsión de muerte casi de modo directo.

Después vamos a tomar otros modelos, pero la idea central sería la siguiente: si ubicamos la problemática entre objeto y método, tendremos como preocupación central determinar la tópica con la cual estamos trabajando y esto hace al eje del diagnóstico clínico.

Ahora bien, cuando digo eje del diagnóstico estoy planteando que hay una propuesta metapsicológica regida por una serie de cuestiones: por una lado, el aparato psíquico es un aparato en constitución, y este aparato en constitución no está, desde la perspectiva que estoy proponiendo, definido ni por una posición genético-evolucionista, ni tampoco por un estructuralismo articulado por momentos míticos.

Vamos a detenernos un momento en estas cuestiones. La perspectiva genético-evolucionista se expresa de modo bastante claro en un texto como “Tres ensayos” –que no es tampoco la dominante en la obra de Freud, pero que ha quedado cristalizada a partir de ser éste el gran texto sobre la constitución psicosexual del niño que implica una cierta predeterminación de los estadios libidinales, que ha llevado, en su extremo, a permitir que un autor como Spitz dijera que lo anal sucede a lo oral como los dientes de leche son reemplazados por los definitivos–. Ahí hay una propuesta taxativa respecto a la evolución libidinal. Creo que fue mérito de Melanie Klein marcar como esto estalla de entrada, cómo lo genital puede estar presente precozmente y cómo lo anal puede

sostenerse en el interior de lo genital, y aún a dominancia, o aún cómo lo oral puede ser resignificado a través de lo anal y lo genital. En Abraham encontramos ya una de las posturas más interesantes respecto al evolucionismo pulsional; y aún cuando hoy pueda parecer simple el modo en que quedó planteado su modelo para los estadios de la libido y las estructuras psicopatológicas –la relación entre lo anal expulsivo y lo oral canibalístico en la melancolía, por ejemplo– rompe el evolucionismo lineal y juega con el *après-coup* bajo un modo que permite pensar la coexistencia de mociones pulsionales, y el hecho de que nunca hay realmente sustitución absoluta y pasaje a una fase superior con desaparición de los modelos libidinales anteriores. Hay acá ya una arquitectura que prefigura una ruptura del modelo genético lineal.

Klein lleva esto hasta las últimas consecuencias, rompiendo el ideal madurativo en psicoanálisis (es entre divertido y asombroso ver cómo le contesta a Anna Freud, en el famoso simposio del 27, y ante la interpelación que le hace de que los niños no tienen aún formado el superyó, “¡algunos adultos tampoco!”, dejando planteado el hecho, inédito, de que una instancia pudiera no necesariamente constituirse, aún cuando más no fuera, de modo potencial e hipotético), y este es un mérito central de su obra, así como lo es el haber puesto la sexualidad como eje central del análisis, y esto más allá de las diferencias teóricas o metodológicas que uno pueda tener con ella. Yo digo en mi último libro que después de leer a Klein, ningún analista de niños volverá a pensar, cuando un chico ponga el dedo en un agujero del piso del consultorio, que está poniendo el dedo en un agujero efecto de una falla que dejó el albañil, sino que pensamos en términos de interpenetraciones libidinales; es a partir de su obra que los analistas de niños pensamos en términos de cuerpos, de encuentro de cuerpos, de objetos parciales, de sexualizaciones, pensamos en términos de fantasías. Y hay una militancia realmente profunda de Klein en el campo del psicoanálisis de niños sobre la sexualidad, lo cual no es pequeña cosa en un mundo en el cual retorna permanentemente la desexualización del psicoanálisis, donde uno puede leer libros enteros de psicoanálisis donde la sexualidad no existe, no aparece –libros en los cuales puede haber aportes interesantes, como ocurre con Kohut por ejemplo, autor interesante, pero en el que ha desaparecido lo pulsional como problemática eje del psicoanálisis.

Volviendo entonces al modelo, la idea con la que yo empecé a trabajar fue la de cercar los tiempos y modos de estructuración de la represión originaria. ¿Por qué la represión originaria y no otra, si de ella es de la que menos se ocupó Freud? No se trata de encontrarle “la quinta pata al gato”, sino de reposicionar la fundación del

inconsciente, y en este sentido es, como todos sabemos, que la represión originaria ocupa un lugar importantísimo.

Para ubicar la cuestión de la represión originaria estaba, por un lado, la forma con la cual Lacan rearticuló este concepto, que cobra peso cuando se produce el ingreso de su pensamiento, alrededor de los años '70 en el mundo rioplatense. Es a partir de él que la cuestión de la represión originaria es planteada o recuperada en relación con la *Spaltung* constitutiva, desde la perspectiva que él trabaja como sujeto *barré*, y planteada entonces en el interior de la lógica del significante –reemplazando la barrera de la represión por una barra resistente a la significación–. Este tiene poco que ver con el concepto de represión originaria de Freud, en el cual conceptos como contrainvestimento ocupan un lugar central para determinar el posicionamiento de la representación originariamente reprimida, pero marca al menos que el inconsciente no existe sino a partir de este movimiento que propone, desde una perspectiva fundamentalmente filosófica, el carácter fundante del clivaje en el sujeto psíquico.

Se trata, en Lacan, de sostener la idea de que no hay posibilidad de unión, de individuo en el sentido estricto; lo que está acá presente es la gran división del sujeto como momento inaugural, constitutivo de la humanización. Pero si volvemos a Freud, lo central que tiene para mí el concepto de represión originaria, pese a los cuatro pequeños lugares donde aparece, es que a partir de la represión originaria se definen de modo absolutamente claro los modos de instalación de los sistemas psíquicos, vale decir la fundación del inconsciente. El concepto entonces es totalmente esclarecedor.

Por un lado, si no hay represión originaria los representantes representativos pulsionales no se fijan a lo inconsciente. Esta es una cuestión importantísima, y su fecundidad clínica indudable. Tomemos un caso como el de Erna, de Melanie Klein: una niña con masturbación compulsiva, con ideas obsesivas, considerado clásicamente como una neurosis obsesiva. ¿Qué tipo de sufrimiento tiene esta niña, y a qué modelo del funcionamiento psíquico responde? Yo no compartiría en absoluto la idea de que se trata de una neurosis obsesiva. No hay sintomatología neurótica, en términos estrictos, no hay procesos de contrainvestimento ni transacciones como efecto del retorno de lo reprimido. Lo que se presenta como síntoma compulsivo no es una formación de compromiso, sino que da cuenta, precisamente, de la falta de represión y de la emergencia de representaciones o actos que no logran un estatuto inconsciente. El contrainvestimento, en el caso de Erna, está marcado precisamente por la falla de la represión. Todo los fenómenos que Melanie Klein llama síntomas en Erna son modalidades de ejercicio de lo pulsional y formas en las cuales la represión no logra no

sólo reprimir sino tampoco sustitutos, no logra transcripciones, no logra sublimaciones, por eso Erna no puede aprender.

Porque en primer lugar, si hay represión originaria, los representantes representativos pulsionales tienen que estar en el inconsciente. Y es necesario señalar que si bien la represión originaria es un acto constitutivo en la diferenciación de los sistemas psíquicos, no se produce de una sola vez, y pueden quedar remanentes del ejercicio de la pulsión parcial no sepultados en el inconsciente. ¿Qué quiere decir esto? Que si vemos un chico enurético o encopretico de doce años, es de rigor preguntarse respecto al funcionamiento psíquico general, en razón de que la enuresis o la encopresis tardía da cuenta de una falla en la represión de los representantes pulsionales y de la no renuncia a la satisfacción directa (estamos hablando de enuresis o encopresis primaria, no secundaria, y por supuesto dando por sentado que la encopresis tardía es un indicio de mayor nivel de patología que la enuresis).

En este sentido, es necesario señalar que la persistencia de lo pulsional a lo largo del tiempo, sin sepultamiento al inconsciente, no podemos considerarla síntoma en sentido estricto; es en esa dirección que acuñé hace ya años la diferencia entre síntoma y trastorno, para marcar perspectivas clínicas distintas. Porque el síntoma es el efecto de la transacción que logra un reequilibramiento de la economía libidinal a partir de una inlograda satisfacción pulsional, y tiene como precondition la renuncia al ejercicio de la pulsión.

Así, cuando Freud se pregunta acerca de Hans, dice: ¿cuál es el síntoma? Si Hans, que está enamorado de la madre, odiara al padre, eso no sería un síntoma. Es un síntoma porque Hans reemplaza al padre por el caballo y transforma el odio en miedo; es síntoma porque hay represión, desplazamiento y sustitución, y, sobre todo, porque el amor de Hans hacia la madre, y concomitantemente su deseo parricida, son inconscientes.

Entonces, la primera cuestión es: si la represión originaria funda la diferencia entre los sistemas, sepulta los representantes representativos al inconsciente y los fija allí, no puede haber síntomas antes de que haya represión originaria y no puede haber síntoma cuando hay caída de la represión originaria.

Ustedes saben que entre los grandes fracasos del psicoanálisis se encuentran las adicciones compulsivas y las perversiones. Por un lado, los psicoanalistas siempre hemos hablado de la poca consulta que tenemos en ciertas perversiones; en general la perversión consulta cuando fracasa, por ejemplo en el caso del sadomasoquismo, cuando se enfrenta al abandono del *partenaire*. Y aún en sujetos que consultan por otros

motivos y en cuyo análisis aparecen, a lo largo del tiempo, modalidades de ejercicio libidinal que podemos considerar del orden de la perversión, no hay posibilidad de resolución si no hay un acto, en primer lugar, de rehusamiento del propio sujeto al respecto, y luego recién viene la represión del goce rehusado. La pregunta es entonces si una actividad del orden pulsional directo puede devenir síntoma. Y es en esta misma dirección, de la insubordinación de este ejercicio a toda legalidad, que los lacanianos insisten tanto en la cuestión de ponerle coto al goce, acotar el goce, renunciar al goce.

No voy a desarrollar acá toda la cuestión del superyo precoz, que he trabajado bastante, y cuya función considero que no está ligada a la producción de culpa en sentido estricto sino que se caracteriza más bien por la producción de ansiedades catastróficas; en este sentido, se liga más a la relación originaria con la madre que a la función paterna. Pienso que algunos análisis producen ciertas modificaciones por relación al goce pulsional, pero no a consecuencia de develar un sentido oculto del síntoma sino de inscribir algo en el interior de la transferencia. Y uno podría suponer, con todo derecho, que la renuncia al goce se produce del mismo modo que en el niño, cuando renuncia a lo pulsional por el riesgo de perder el amor de la madre y hace síntomas de neurosis de angustia. Esto no invalida las intervenciones de los analistas en esa dirección, sino que pone de manifiesto que no es a partir de la implantación del método analítico, con su abstinencia y la libre asociación como líneas directrices, que se han producido en tales situaciones particulares los cambios del paciente. Por otra parte, corrobora elípticamente los conceptos del psicoanálisis, respecto a la transferencia y a la función de la palabra respecto a la realización libidinal, y confirma las hipótesis sobre la función del otro en la constitución subjetiva.

Volviendo a la represión originaria, mi idea es, en primer lugar, que a partir de su instalación se pueden definir tiempos de la estructuración psíquica, al menos sus momentos fundantes. En segundo lugar, que estos tiempos no son tiempos míticos, son tiempos cercables, jalonables, que se caracterizan, por un lado, por el sepultamiento de los representantes representativos al inconsciente, y, por otro, por su correlación con la estructuración de las constelaciones narcisísticas y la organización del preconscious. Del preconscious en tanto estructuración de lo que podemos considerar (a partir de los escritos de Freud), el pensamiento regido por los modelos de la lógica aristotélica: negación, contradicción, temporalidad. Estos elementos, patrimonio del preconscious, cuando están fundando dan la pauta de que algo se ha organizado en la separación de los sistemas psíquicos. Si esto no está operando es porque algo falla en la constitución del funcionamiento de los procesos secundarios. Esto, que es tan claro en la clínica de

adultos, debería ser claramente planteado en la clínica de niños. Mi pregunta es por qué se torna tan dificultoso darse cuenta; por qué los analistas tienden a pensar , junto a la psicología evolutiva, que un niño que no tiene estructurada la temporalidad, tiene un problema madurativo y no un fracaso de la constitución de los sistemas segundos. ¿Por qué no ofrecerle a la psicología del desarrollo –que cumple una función importante en la descripción de los diversos momentos de la humanización pero que carece de toda posibilidad explicativa– un sustrato explicativo como el que ofreciera Freud a la psiquiatría, a la cual propuso brindarle mediante el psicoanálisis un corpus que la sustente capaz de cumplir la función que la histología ofrece a la anatomía? Es ahí donde el psicoanálisis debe brindar nuevos modelos que abran posibilidades terapéuticas fecundas.

Por un lado, entonces, la represión originaria, por otro, la cuestión de los tiempos anteriores a la represión originaria, digamos “preparadores” de la misma. Esto es muy interesante, porque vemos que no hay psicoanalistas de niños que no se hayan visto obligado a ir más y más atrás. Desde otra perspectiva se podría plantear también otra cuestión: considerar a la represión originaria no como un acto en sí mismo, sino con precursores que podemos rastrear –transformación en lo contrario, vuelta sobre la persona propia– lo que llevaría a preguntarse por su instalación definitiva, en el momento de instalarse la represión secundaria.

Tiempos entonces de preparación de la represión originaria, y apertura de la problemática de la instalación de la tópica sobre la base de las determinaciones exógenas.

Vamos a apelar acá a las corrientes del pensamiento psicoanalítico que me permitieron repensar algunas cuestiones. Desde hacía varios años se me venían planteando una serie de preguntas acerca del narcisismo, considerado como estructuración libidinal que encuentra su origen en tanto estructuración residual del narcisismo parental. No sólo como lo ha trabajado Lacan, con el estadio del espejo, sino como fuera propuesto por Freud mismo. Respecto a Lacan, cuando yo era joven y más lacaniana (ahora creo que no soy lacaniana, tampoco sé muy bien qué soy) me preguntaba de qué manera se producía el pasaje que iba de la mirada de la madre a la constitución del narcisismo del niño. El texto lo sabía de memoria, pero algo obstaculizaba y no encontraba vía de resolución. El obstáculo estaba en mi materialismo de base, que no me permitía aceptar que pudiera plantearse la existencia de un mensaje que no tuviera algún tipo de soporte material. Cómo se vehiculizaba el mensaje

materno, bajo qué modo se producía este pasaje del narcisismo parental al niño en estructuración.

Mi problema podía ser planteado en los siguientes términos: si hay mensaje tiene que haber soporte material; ¿es este soporte material el que permite que a partir de la mirada de la madre se estructure el narcisismo del niño? Volvemos al tema con el cual inicié mi exposición: no tenía una respuesta desde el estructuralismo para esto, porque tampoco cabía la pregunta. La pregunta quedaba atrapada en las redes de un mensaje sólo concebible como lenguajero, y éste era el obstáculo mayor para seguir avanzando. Yo volvía una y otra vez a lo mismo, sin salida, porque, como todas las preguntas que uno no puede responder con el instrumental que cuenta, tiene que pasar mucho tiempo y encontrarle otra vuelta; y aún más, cuando dejamos de buscar en la dirección equivocada, a través de un giro inesperado encontramos una respuesta para aquello que nunca entendimos. Esto es tan viejo como la historia de la humanidad.

Tomemos por un camino totalmente distinto, yendo a repensar un concepto como el de *pseudoself* winnicottiano acerca del cual hay todavía mucho para decir. Es cierto que Lacan dice que todo *self* es pseudo, y entabla a raíz de ello una polémica sobre la autenticidad e inautenticidad que lo enfrenta a Sartre, pero también es cierto que Winnicott planteó que el *self* tiene siempre algo de ortopedia y de inautenticidad. Pero también sería interesante proponer que el yo y el *self* no son categorías que se superpongan totalmente la una a la otra, en razón de que el yo implica una parte de la tópica psíquica, mientras que el *self* remite más bien al sentimiento subjetivo acerca de la propia existencia. De allí podríamos decir que si bien todo *self* es pseudo en algún sentido, ya que el yo es una estructura totalmente defensiva y su entretejido es básicamente discursivo, no todo el mundo siente que su existencia se mueve en el riesgo de lo pseudo, ni su yo tiene la percepción subjetiva de un trastorno que cobra constantemente un precio desmedido a la economía psíquica.

Es desde aquí que me planteo la diferencia entre el concepto de identificación primaria, fundadora del yo, que cerca el territorio en el cual el sujeto se considera “siendo yo”, y el sustrato de articulación ligadora, que proporciona el entretejido de base en el cual esta identificación se sostiene. Reinscripción del dualismo pulsional respecto a lo ligado y a lo desligado no sólo en el interior de la diferenciación tópica sino también intrainstancia.

A partir de esto surgió una nueva perspectiva para pensar la constitución psíquica; y así como la metapsicología me proporcionó los conceptos fundamentales para pensar la

problemática de la fundación de la represión originaría, comencé a encontrar en el Proyecto un texto privilegiado para pensar en la constitución del yo.

Volvamos a la pregunta: ¿por qué de la mirada de la madre al narcisismo del niño? Freud plantea en este modelo del Proyecto que ante la posibilidad de una invasión psíquica de cantidades –cuestión que está en el centro del traumatismo– pueden alterarse las relaciones entre los tres sistemas neuronales. Recordemos brevemente que se trata de un sistema de neuronas de pasaje, uno de neuronas de retención, y otro de percepción. Ante el incremento de grandes cantidades que se desplazan, las neuronas del sistema de retención pueden pasar a funcionar como neuronas de pasaje, de modo tal que en el mismo sistema se pueden dar dos modos de funcionamiento. Cuestión que podemos retomar respecto al yo, para considerar lo ligado y lo no ligado que puede coexistir en su interior: no todo lo que está en el yo es ligado, no todo lo que está en el inconsciente es desligado. Heterogeneidad de las estructuras del inconsciente y del preconscious.

Sabemos que la única forma que tiene el aparato para impedir la perturbación que las cantidades que ingresan le provocan, es mediante la evacuación o la ligazón. Pero hay cierto tipo de cantidades, portadoras de una clase particular de representaciones, que una vez que han ingresado, no pueden encontrar un modo de evacuación y su única posibilidad de evitar someter constantemente el psiquismo al displacer, es mediante su ligazón. De estas representaciones portadoras de cantidad la fuga está impedida, y ellas constituyen las pulsiones.

Como ven, intento reubicar el concepto de pulsión, desgajarlo del innatismo y del modelo de la delegación de lo somático en lo psíquico, proponiendo un ingreso traumático y exógeno de la misma, pero a su vez rescatando el aspecto cuantitativo y displaciente que Freud otorga al *Drang*, al esfuerzo al cual somete la pulsión al psiquismo constituyendo el motor de todo su progreso.

Una situación, bastante usual por otra parte, que tuve ocasión de presenciar en un aeropuerto, cayó en el momento oportuno para permitirme un conjunto de reflexiones. Estaba hace ya tiempo esperando para embarcar y vi una señora, parada en la cola, que estaba dándole un biberón a un bebé. Las piernitas colgaban para un lado, la cabeza iba para otro y ella mientras tanto miraba hacia cualquier lado. Yo empecé a sentir una afectación profunda, un enorme malestar, y pensé: cuando lo lleve a una consulta, a los ocho años, por un problema de aprendizaje, nadie podrá conocer estos detalles de “desatención”, o en términos freudianos, de “desayuda”, que ejerció esta señora, porque

ella misma no es totalmente consciente de lo que está produciendo. Tuve allí una especie de brusca percepción que ocupó mucho tiempo mis pensamientos.

El modelo propuesto por Freud respecto a la constitución de las redes de ligazón del aparato anímico era el siguiente: en el interior de los sistemas de este aparato, en el cual las neuronas se conectan entre sí permitiendo el pasaje de la energía, ciertos investimentos colaterales van generando redes que operan produciendo una estagnación que articula una suerte de retículo ligador. En cierto momento, por ejemplo, una neurona a, en lugar de conectarse en una sola dirección, se conecta con b, con d, con e, y se posibilita así un entretejido ligador que va a ser el lugar de estagnación libidinal en el cual va a constituirse el yo –recordemos el apartado del Proyecto en el cual aparece formulada esta cuestión de la instalación del yo como una masa ligadora en el interior de Y.

Es acá donde se encuentran los desarrollos metapsicológicos y la imagen de la señora del aeropuerto, llevándome al siguiente razonamiento: si la madre sólo da pecho, si no sostiene, ni mira, ni habla al bebé que tiene en sus brazos, no genera investimentos colaterales, no ayuda a constituir el entramado de base, y la energía psíquica se desplaza por una sola vía, de representación en representación, sin que nada la frene, facilitación que lleva a una fijación, por un lado, y que obstaculiza la posibilidad de instalación posterior de una identificación sostenida en un funcionamiento ligado del yo.

Por el contrario, es la actitud de la madre en el momento de dar el pecho, al tocar la cabecita, hablar, sostener a su bebé –ofrecerle un *holding*, en términos de Winnicott–, aquello que posibilita ese procesamiento de cantidades que permite que la identificación no caiga como cáscara vacía a cercar un yo en el cual la desligazón opera constantemente sometiendo al sujeto a los riesgos del vacío y tornando su percepción de sí mismo como fútil o pseudo.

Pero sería banal sostener esta posición en términos puramente descriptivos, centrándola en los aspectos conductuales de la madre. La tentación es fuerte: sólo con indicarle cómo agarrar al bebé bastaría, se la ayudaría a convertirse en una madre “suficientemente buena”. Sabemos que las soluciones fáciles no son, sin embargo, ni las mejores ni las posibles. Ante ello cabe una pregunta previa: ¿qué es lo que torna a una madre insuficientemente buena, desde la perspectiva que aportamos? Es acá donde podemos apelar a Lacan, y a sus desarrollos respecto a la función materna, proponiendo a su vez algunas transformaciones. Por una parte, sólo la madre atravesada por la castración es capaz de narcisizar a su hijo viendo en él a un significante privilegiado, capaz de unificarla y completarla. Pero a diferencia de Lacan no consideraremos a la

madre como un elemento unario de la estructura del Edipo, sino como sujeto de inconsciente y, en tal sentido, habitada por sus propios fantasmas pulsionales inconscientes. Ello abre la posibilidad entonces de que la narcisización primaria pueda no producirse, o se establezca de modo fallido, en razón de que estando la madre atravesada por su propio inconsciente pulsional, sus sistemas psíquicos pueden no funcionar de modo diferenciado y ordenado, y la ausencia de narcisización dejar librado el intercambio con el niño a un ejercicio pulsional parcial incapaz entonces de reabsorberse en nuevos reacomodos y derivaciones en el interior del psiquismo incipiente.

La castración materna, como prerrequisito de la narcisización del bebé, es definitiva del lugar que éste ocupará respecto a una mirada que lo constituya, pero no es condición suficiente de la estructuración psíquica. La función materna no se reduce a la narcisización de la cría: implica en primer lugar la pulsación que da origen a la sexualidad en la cría, en razón de que la madre está atravesada, del lado del inconsciente, por sus propios deseos sexuales en el sentido psicoanalítico, amplio, del término: deseos orales, anales, de contacto de piel. El narcisismo es entonces el modo mediante el cual la madre viene a obturar, del lado del amor –y por fortuna–, las efracciones producidas a partir de las improntas pulsionales, con las cuales tino todo el apuntalamiento en el cual los cuidados precoces fueron infiltrados por la sexualidad del otro.

Es desde aquí que la teoría me permite redefinir una serie de fenómenos clínicos y operar sobre una parte de la realidad. En mi último libro expongo de qué modo, trabajando a partir de un trastorno precoz del sueño van cuajando mutuamente la teoría, la clínica y el proceso de constitución de un bebé respecto a las improntas maternas y a sus derivadas.

La posibilidad de proponer una energía ligada y otra desligada en el interior mismo del yo, vale decir de una misma instancia, no se reduce a una propuesta acerca de los orígenes sino que se extiende a una multiplicidad de fenómenos de la vida psíquica adulta. Y ello también respecto al inconsciente.

Es necesario abandonar la idea de un inconsciente homogéneo, habitado por un solo tipo de representaciones. En el inconsciente hay coexistencia de los remanentes de distintos momentos de estructuración, y coexisten en él también distintos tipos de representaciones; e igual ocurre con el preconscious.

Respecto al inconsciente podemos puntuar al menos dos tipos de representaciones con sus consecuencias diversas para la clínica. Por un lado, hay representaciones que nunca

fueron inscriptas como representación palabra, se trata de aquella que están en el inconciente como efecto de la represión originaria, que encontraron su estatuto de reprimidas por un puro acto de contrainvestimento, pero que nunca formaron parte del preconciente. Hay otras, por el contrario, efecto de la represión secundaria, que fueron en principio representaciones palabra y pasaron a ser representaciones cosa; ellas constituyen, según Freud, el material propiamente dicho del análisis (como afirma en “Inhibición, síntoma y angustia”). Con ellas trabajamos todos los días, y son representaciones cosa recuperables como representación palabra en razón de que, habiendo estado desgajadas de la doble articulación de la lengua por la represión, son rearticulables por el proceso asociativo. Ejemplo prototípico en la obra de Freud, entre tantos otros: las gotas de Dora, las perlas famosas, que se abren polisémicamente a partir de la cadena asociativa. Ahí tenemos significante degradado a representación cosa.

Con las palabras degradadas a representación cosa no hay problema, el método analítico está enteramente basado en restituirles una circulación garantizada por el proceso secundario. Pero, ¿qué ocurre con las inscripciones o representaciones que nunca fueron palabra, con aquellas que no pueden recuperar el estatuto de preconscientes en razón de que nunca fueron entretejidas en una materialidad discursiva? Estas sólo podrán ser transcriptas, resimbolizadas, vale decir, requieren de un movimiento diverso al del método clásico.

Para sintetizar: en el inconciente tenemos distintos estatutos de las representaciones: representaciones originariamente reprimidas y representaciones secundariamente reprimidas, que van a ser de diverso origen y van a establecer modos diversos de su retorno. No en todos los seres humanos emergen todas; afortunadamente en la mayoría de nosotros lo originariamente reprimido sólo se expresa a través de subrogados, de retoños. Como tales, en estado directo, sólo pueden emerger en la psicosis o “hacer guiño”, bajo el modo de indicios no ligados, en los traumatismos severos que dejan al sujeto librado a descualificaciones o no cualificaciones de corrientes de la vida psíquica. De ahí que la técnica, en un proceso analítico, deba atravesar por momentos no sólo de desligazón de las representaciones mal emplazadas sino también de resimbolización o de retranscripción de aquellas que nunca encontraron un estatuto transcriptivo y tienden a emerger de modo desgajado cuando se trabaja sobre los estratos más primarios del psiquismo. Entre consciente e inconciente se van planteando entonces, distintos modos de articulación del lenguaje en el interior de la clínica.

Las ideas que vengo proponiéndoles llevan también a redefinir algunas cuestiones no sólo respecto al proceso analítico, sino también a la iniciación del análisis. En primer lugar, la definición del objeto, que tiene un lugar central en el comienzo de un análisis. Hay que recuperar la perspectiva diagnóstica en sentido freudiano –no me refiero a todas esas cosas que se convirtieron en moda psicológica, sino a la preocupación de Freud por diferenciar qué es analizable y qué no lo es.

Esta recuperación está al servicio del cercamiento del objeto y de la posibilidad de ubicarse desde una perspectiva que contemple la relación entre objeto y método, cuestión central para determinar si se puede o no empezar un análisis en sentido estricto. A partir de esto, abrir otras perspectivas respecto a qué otros modos de intervención son adecuados cuando el inconsciente no está posicionado respecto a la represión, vale decir que el inconsciente como tal no está operando en el interior de los sistemas psíquicos y no hay entonces formaciones de compromiso, vale decir lo que nos hemos habituado a llamar formaciones del inconsciente.

Laplanche ha llamado a esto relación entre el descriptivo y el prescriptivo. Se trata de la determinación de la prescripción, de la indicación de análisis y del modo de constituirse ese análisis, de acuerdo a la descripción del objeto, del funcionamiento del aparato psíquico que tenemos delante. De esto deriva el número de sesiones, la indicación o no del diván, los diversos momentos de la cura. Se trata de una ubicación metapsicológica del proceso de la cura, tanto de su comienzo como de su evolución.

Tener en cuenta el modo de funcionamiento psíquico, los diversos tipos de representaciones y de afectos en el psiquismo, y aún los modos de cualificación o descualificación de la experiencia concebidos todos ellos como no homogéneos, abre, en mi opinión, una perspectiva importante para repensar la cuestión de trastornos no neuróticos –aún dentro de las estructuras a dominancia neurótica–. Por ejemplo, la cuestión de las psicósomas, y de su inserción en estructuras psicopatológicas de distinto tipo.

Está ligado a ello el estatuto de las intervenciones del analista por relación a la existencia de un trastorno o de un síntoma en la economía libidinal, y a partir de esto qué función cumple la palabra, en tanto función interpretante, simbolizante, transcriptiva o traductiva.

La diferenciación, entonces, en psicoanálisis entre las representaciones que podemos denominar arcaicas, efecto de traumatismos severos, cuyo carácter indiciarlo se asemeja más a los signos de percepción [de los cuales Freud da cuenta en la carta 52 –ahora 112–], de o residuales de la represión originaria, y aquellas efecto de la represión

secundaria que pueden ser recuperadas, como dijimos antes, por la libre asociación que les devuelve su estatuto lenguajero en el orden discursivo. La distinción, muchas veces olvidada en psicoanálisis, entre “fijado al inconsciente” y “fijado al sujeto”, que se plantea como distinción entre síntoma y compulsión, es también central en la definición de un análisis y en el modo de intervención del analista. Lo que queda fijado al inconsciente no insiste en el sujeto sino bajo un modo de retorno de lo reprimido que se establece siempre como transacción y a través de retoños. Este modo de retorno debe ser diferenciado de la compulsión, que opera como ejercicio pulsional directo, y de los modos de retorno de aquello que no encuentra un estatuto de fijación en el inconsciente y que deja librado al sujeto a la circulación de representaciones que lo atraviesan más allá de sus posibilidades de defensa.

La recuperación de los tiempos de estructuración psíquica como no lineales, sino como movimientos destinados al *après coup* en el proceso de constitución de la tópica, deja abierta la cuestión de una génesis que no puede ser pensada como evolución lineal pero tampoco como ahistoricismo radical. En el juego que se abre entre la estructura de partida, edípica, en la cual cada uno de los integrantes protagonistas de inicio –padre y madre– está atravesado por la represión y es sujeto de inconsciente, es necesario redefinir la función del padre en los términos en que ha sido planteada desde hace ya tiempo por el estructuralismo. Y así como la función materna debe ser desdoblada en su carácter de pulsante y narcisizante, la función paterna debe ser redefinida en sus aspectos estructurantes y mortíferos: la rivalidad paterna, elemento constitutivo esencial de la prohibición, no puede ser eludida en el imperativo categórico que insta la castración, pero que guarda siempre la dimensión hipotética en razón del atravesamiento del padre por sus propios fantasmas inconscientes.

Sería absurdo sostener la función de prohibición del padre en el imperativo de cultura que regula la circulación de las mujeres. El impacto tópico de la norma debe ser explorado en sus consecuencias subjetivas. Y así como no se puede convencer a ningún niño que no se acueste con la hermana porque no tendría un cuñado para ir a pescar, no se puede plantear que las razones que motivan al padre a prohibir el incesto sean del orden del puro altruismo respecto a la donación que posibilita en el hijo el acceso a la cultura. El padre no sólo prohíbe porque se hace cargo de la transmisión de una ley de cultura, sino porque está en disputa, más o menos sangrienta, según las circunstancias, por la posesión de la madre. Cuanto menos sangrienta sea la disputa, más fácil podrá producirse la circulación edípica del hijo hacia la constitución del superyo, pero si no hay disputa sangrienta, si no hay hostilidad del padre, si no hay ningún tipo de rivalidad,

si el padre realiza a través del hijo el deseo de apropiarse de su propia madre, tampoco se podrá producir la instalación de las instancias ideales.

Es en la diferencia que se plantea entre la estructura edípica de partida y los modos metabólicos y singulares en los cuales se juega la historia, que los procesos de constitución psíquica toman una dinámica propia en los tiempos de la constitución subjetiva. Y es esta singularidad la que determina el proceso de la cura. De ella deriva también la definición de los modos de operar del psicoanálisis en extensión: intervenciones que intentan el desanudamiento de los abrochamientos patógenos que se producen en la infancia y que incluyen también acciones clínicas en las intersecciones articuladoras de las relaciones intersubjetivas estructurales del niño.

La habilidad del analista reside en el cercamiento metapsicológico de estas variables, tanto en los tiempos de infancia como en aquellos momentos particulares de la clínica de adultos que requieren redefinición teórica y clínica. Y esto implica una aproximación que nos impulsa a elaboraciones cada vez más finas de nuestro instrumental teórico, de consecuencias prácticas, e incluso a una puesta al día de nuestras hipótesis de trabajo.